

CRÍTICA DE ARTE
PEDRO A. CRUZ

YARNELLE EDWARDS



En la línea marcada para la presente edición del festival Fotoencuentros, organizado por la Fundación Cajamar y coordinado por Paco Salinas, se encuentra esta exposición cuyo centro son las escenas domésticas, esa parte de la vida humana en la que lo íntimo alcanza su mayor grado, y en las que la relación mantenida con el hogar define unos comportamientos alejados, en la mayoría de las ocasiones, de convencionalismos y prejuicios.

LA EXPOSICIÓN

Dónde: Centro Cultural Las Claras. Fotoencuentros 11. Exponer: Yarnelle Edwards. Título: 'Escenas domésticas'. Fotografías. Hasta el 28 de febrero.

La casa, elemento artificial construido por el hombre para aislarse del resto y la naturaleza, presenta en su respuesta al instinto de conservación similitudes con el refugio de otros muchos seres vivos —ya sean fabricados o utilizados—, pero con la diferencia esencial de su evolución siguiendo los pasos de los cambios sociales y las diversas respuestas culturales. Con todo, su interior responde a un escenario en el que cada persona, cada familia, representa la obra re-escrita, con actos repetidos, a diario.

Luz y color

Las fotografías de Yarnelle Edwards, concebidas como documentos que recogen una parte del todo íntimo, se centran en la 'normalidad' de los hechos cotidianos, en recoger situaciones identificables y con las cuales el espectador se sienta identificado desde la complejidad de verse a sí mismo, desinhibido y sin el desasosiego de las situaciones límite.

La autora no añade ningún aporte crítico, en este caso no es lo que pretende con su trabajo, aunque sí parece buscar un cierto punto de lejanía para dejar constancia de aquello que le interesa y, fundamentalmente, universalizarlo, hacerlo comprensible y no extraño a los que se acercan a contemplarlo. También, y este es un aspecto destacable, la cotidianeidad de lo representado no es óbice para buscar la calidad de la imagen, el equilibrio compositivo, y la adecuada combinación de luz y color, y lo logra con fotografías de gran altura.

CRÍTICA DE MÚSICA
OCTAVIO DE JUAN

UNA EXCEPCIONAL 'LUCIA' GRANAÍNA



Pronto;Pronto; No perdamos un minuto más en proclamar a Mariola Cantarero como suce-

ra de las Tacchinardi, Galvany, Nellie Melba, Pareto, Dal Monte, D'Angelo, Cailas, Sutherland y Gruberova, a las que hay que añadir las españolas María Barrientos, Mercedes Capisir y Monserat Caballé y a todas aquellas otras que han hecho historia de esta 'Lucia di Lammermoor', una de las grandes heroínas de todos los tiempos. La realidad ha superado las más entusiastas referencias que teníamos de esta joven soprano 'granaína' que se nos ha revelado como una cantante de una sublime perfección, y de unos recursos vocales tan pasmosos como natural y exquisita es su musicalidad para encarnar a la célebre heroína de Donizetti.

Acaso su interpretación escénica, sin desmerecerla en modo alguno, no haya llegado a agotar todas las posibilidades que posee el personaje, o dicho de otra manera, a alcanzar el listón al que se eleva su asombrosa capacidad canora para conciliar ternura, angustia, amor,

arrebato, desesperación hasta el extremo de la enajenación y demás situaciones por las que atraviesa la desdichada Lucia. Ella sola justificaría el éxito de esta sesión del II Ciclo de Ópera del Auditorio, y mi consejo sería que no se pierdan la posibilidad de poder escucharla en la segunda representación de esta tarde en el mismo escenario.

Importante fue, también, la participación del tenor Ismael Jordi como Edgardo. La voz se adecuó como un guante a las exigencias del personaje y, llegando casi al límite de sus fuerzas, supo defender con una dicción admirable las dos arias del último cuadro, acaso los momentos más inspirados de toda la ópera. Prometedor porvenir el suyo, a falta de una desventolera escénica de mayor alcance. En niveles distintos, y siempre superando la corrección, se movieron el resto de los cantantes: Javier Franco (Enrico), Elia Todisco (Raimondo), Pablo García López (Arturo) y el tenor tinerfeño, residente entre nosotros, Martín Armas (Normanno).

Emilio Sagi y sus carencias

Sobresalieron los solistas de arpa, oboe y flauta haciendo caso omiso, al igual que el resto de sus compañeros, de las dificultades laborales por las que atraviesa nuestro conjunto sinfónico a la espera de su pronta y justa solución. Cumplidor el nutrido coro cordobés de Cajamar. Preciosista la ideación escé-



Mariola Cantarero e Ismael Jordi, cantando en Murcia. ■ V. VICENS/AGM

ca de Emilio Sagi con el consabido manejo de figurantes, pero carente de la más elemental fuerza dramática. Y molesta la deslumbrante iluminación de la representación en algunos momentos. Segura y au-

toritaria, por último, la dirección de David Parry con una acertada elección de los tiempos, a la que sólo pudo faltarle en determinadas ocasiones un más efectivo control de los metales.

JOSÉ BELMONTE

¿PARA QUÉ SIRVE LA ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO?



ajeno por completo a la sociedad que la mantiene con sus impuestos, aunque no sepa de su existencia. Un único ejemplo podría ilustrar este asunto. Cuando se produjeron los hallazgos arqueológicos de San Esteban, ni la Academia ni sus académicos se pronunciaron al respecto. Mutisimo absoluto. Vergonzoso silencio.

¿Para qué sirve, entonces, una Academia? Hay quienes, con poca ironía y una chispa de humor, contestan a la anterior pregunta: la Academia Alfonso X el

Sabio, desde hace algunos años Real, sirve, sobre todo, para que sus ilustres miembros publiquen sus obras. Libros, en su mayoría, que no tendrían cabida alguna en ninguna editorial de cierto prestigio, ni siquiera entre las privadas de nuestra Región. Algunos de estos académicos llevan publicados cerca de una docena de obras —muchas de ellas auténticos reffritos de trabajos aparecidos en revistas y periódicos— en su colección Biblioteca Murciana de Bolsillo. Véase, si no, el catálogo.

¿Para eso sirve la Academia? Me consta, además, que algún que otro director general no está muy contento con esta actitud, y me consta, también, que algunos de sus componentes más significados y brillantes —podría dar hasta media docena de nombres— no se confían con esta política, y así lo manifiestan con sus continuas y significativas ausencias. Se han cometido errores, graves errores, que el nuevo presidente debería tomar en consideración. Baste un solo ejemplo: el yeclano José Luis Castillo-Puche, junto con Arturo Pérez-Reverte, el escritor de esta tierra que más proyección internacional ha tenido, que más y mejores obras ha escrito sobre Murcia y sus gentes, murió a los ochenta y tantos años sin que nadie propusiera su nombre para formar parte de esta institución. Ni siquiera como correspondiente. ¿Para qué sirve, entonces, la Academia?